



encendemos la luz

y limitaciones. Steiner, Pound, Szymborska y otros son convocados por la escritora

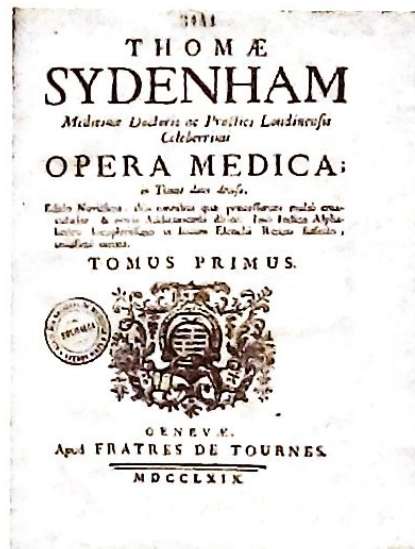
lectura de *Afor Babel* mi amigo Benjamin Santiesteban, leo que Steiner trata a la traducción como a un modo de comprensión. Para él, comprender algo dicho por alguien en la misma lengua es ya traducir.

Posteriormente, Steiner reafirma en *Errata* que una traducción es siempre una sacudida de comprensión primaria, y todo intento de comprensión lo que hace es descodificar o interpretar. Por supuesto que Steiner nos da múltiples claves, yo tomo dos. La primera explica que toda propuesta de comprensión se hace de ver y de revisar. La segunda se basa en la afirmación de que todo intento de comprensión, de lectura, de recepción, es siempre histórico, social e ideológico.

Si el acto de comprender supone un ver, lo que significa una percepción y una conciencia, entenderemos que las posibilidades de comprensión están sujetas a la estructura (actual) del lector, del intérprete, del traductor. O, dicho más claro, el intérprete verá tal y como su estructura lo permita. Estructura que vamos a pensar como una construcción modelada también por las condiciones históricas y sociales en las que le tocó desplazarse.

Así se ve que tanto la conciencia como todas sus producciones y expresiones son insalvables para la percepción. Ni lo que se expresa, ni lo que se percibe de lo expresado es comunicable o transferible. Luhman es terminante en este sentido, afirma que no es el hombre (el poeta, el narrador, el pintor) sino la comunicación (la obra) lo que puede comunicar. Sólo la comunicación comunica. Y aquí se me acaba de abrir un sendero. La intraducibilidad se situaría, entonces, en las relaciones entre los sujetos, entre las personas. Pareciera que allí en verdad la comunicación es imposible. Todo texto, todo discurso es inaprensible, por lo tanto, intraducible. La conciencia del traductor jamás podrá tocar la conciencia del escritor sobre cuyos textos trabaja, simplemente porque uno y otro se agotan en su estructura. Ni qué decir de la estructura de las lenguas, determinada no solamente por sus configuraciones y articulaciones internas sino también por las condiciones culturales de los grupos lingüísticos correspondientes y por la evolución social e histórica de los mismos.

Pero si la comunicación se comunica a sí misma, si lo que el acto de comunicar comunica es comunicación, aquí estaríamos rescatando la naturaleza independiente de la comunica-



ción, del poema, del cuadro, de la pieza musical. En relación con la comunicación misma, la lectura es un hecho, la interpretación es posible. Hay la traducibilidad. La recepción se cumple en todas sus posibilidades, aunque éstas estén determinadas por la estructura del receptor.

La percepción, como todo movimiento de la conciencia, se produce como una posibilidad del pensamiento, en su plenitud, sea cual fuere la dimensión de la misma; así, la traducción es también una posibilidad del pensar. Nos aproximamos al texto que deseamos comprender con todas las posibilidades de nuestra inteligencia, de nuestra sensibilidad, de nuestros conocimientos, con las mejores dotes de nuestra estructura.

Cuando me puse a reflexionar sobre este tema revisé algunas notas de traducción de los libros de poesía de mi biblioteca. Hubo una que llamó especialmente mi atención por lo que afirmaba, hacía hincapié en que el lector no se encontraría con versiones de los poemas, sino con traducciones, reproducidas muy literalmente al castellano del texto original ruso. ¿Cómo podríamos convencer de lo contrario a este buen señor? ¿Cómo hacer que vea que su lectura no deja de ser una versión personal porque no existe ninguna otra forma de percibir, de leer? Y, por otra parte, ¿cómo podríamos los lectores poner en duda su fidelidad puesto que su trabajo fue entregado desde sus mejores posibilidades? Yo creo que si esta disposición es consciente, si el traductor pone al servicio del texto elegido sus mejores posibilidades, la intuición se sobrepone a la razón y no hay lugar alguno para la tristeza.

Descorrer los velos

Las traducciones son generosos intentos de descorrer los velos de la inaccesibilidad y son recreaciones, irremediadamente, como toda lectura o interpretación lo es. Pero, insisto, voy más allá, algo me dice que si estas posibilidades —que además se corresponden con destrezas altamente desarrolladas como el bilingüismo o la poliglota— son iluminadas por la generosidad, por el amor, el don de las lenguas se cumple. Todo lo que irrumpe, todo lo intruso, debe mirarlo el pensador con dulzura, recomendaba Nietzsche.

Voy a volver a los evangelios, el de San Marcos: los que creyeren (en el mandato) serán acompañados de prodigios, en mi nombre desterrarán a los demonios, tomarán en sus manos las serpientes, hablarán lenguas nuevas. Si nuestras aproxi-

maciones a lo otro —sean para pasearnos por su interior o sean para darle cabida dentro nuestro— se realizan en la dulzura, la magia de lo abierto se cumple. El corazón habla. El corazón escucha.

La poesía de Rilke fue fundamental en mi vida. Y son las traducciones de Barjau, Danero, Bermúdez-Cañete y Dörr las que me entregaron sus poemas. Cada una, como es de suponer, difiere de las demás, son distintas versiones de y mis ómicas posibilidades para aprehender la poesía de este poeta esencial. Esas lecturas y las lecturas que no lei hacen que la poesía de Rilke emerja inagotable.

Y precisamente cuando siento que podría llegar a concluir en una idea, Steiner me detiene: Ninguna hermenéutica equivale a su objeto. En toda hermenéutica hay dos momentos —sino más— que necesito distinguir para comprender sus límites constitutivos: una percepción, una mirada determinada por la estructura del que percibe, lee, comprende, y un intento de comunicar lo percibido. Intento que no puede sino ser una expresión. Expresión que formalmente estará sujeta a las habilidades de expresión que tenga el lector y que será percibida, nueva e infinitamente, por la o las estructuras que tienen comprender lo expresado.

Si la imposibilidad de una comunicación que se cumpla plenamente es condición de las relaciones humanas, entendemos que jamás podremos tocar la percepción que el otro tuvo del objeto. Y si hubiese un intento de transmisión de esa percepción, nuestro objeto no será otro que la comunicación misma. Sin embargo, si esto es tan irrefutable como que todo ser humano es también un cuerpo, si nos hacemos cargo de que no hay percepción personal transferible a un otro, estaríamos haciendo de lo que se supone una dificultad, una condición absoluta de lo humano, por lo tanto, evanescente. Nuestras lecturas, nuestras comprensiones, nuestras percepciones son menos transferibles que nuestros órganos. Toda expresión, todo discurso, todo texto es una recreación. Somos vertientes de lo nuevo. La traducción, entonces, es también una recreación, y en esta condición reside su posibilidad de ser.

Entonces ¿hay la traducibilidad? ¿podría estar de acuerdo con que se me sugiera que no conozco a Rilke? ¿sería posible decir que una traducción es infiel, traicionera, asesina, siendo que no tiene ninguna otra posibilidad que su lectura?

Prefiero creer que como hubo una Babel que me resulta indescifrable, hubo un día de Pentecostés. Prefiero creer, y de eso no más se trata, que la traducción es posible —ni a pesar de, ni en la medida de sus limitaciones, sino, más bien, en el cumplimiento de todas sus posibilidades. Prefiero creer que todo primer movimiento hacia la comprensión de lo otro tuvo la energía del amor. Prefiero creer que todo esfuerzo por traducir un texto, un poema, un tratado filosófico, es una tentativa amorosa para con el texto y para con los otros. Prefiero creer que he leído a Heidegger, a Wittgenstein, a Ibn Arabi, a Bhaktivinoda Thakura. Prefiero creer, con Wislawa Szymborska, que *aquí abajo* hay un miércoles, un abecedario, un pan, que cuando anochece encendemos la luz.

